

El general Pastor, gobernador militar de Barcelona, se puso al frente de la tropa y el día 7 de agosto ocupó por entero la ciudad. La represión fue fulminante, con varios muertos y centenares de detenidos; el mismo día 7 fueron fusilados los obreros Narcís Pardines y Marià Garrich después de ser torturados y obligados a confesar. Y el día 10 fueron igualmente fusilados «por su participación en los disturbios» los obreros Aleix Brell, Pere Blas Cornet, Josep Prats, Joan Jardí y Joan Guardo. Muchos más fueron encarcelados y otros deportados.

En los diarios de la época las culpas se hicieron recaer, como todavía se hace actualmente, «a una multitud de marineros y gitanos, escoria vil legada de otras naciones y provincias» (*Diario de Barcelona*).

Durante acontecimientos como estos, los obreros rompen con la disciplina que los encadena al trabajo y a la falta de este, al dinero y a su escasez, a la supervivencia diaria marcada y controlada por el reloj y por un delimitado uso del espacio. Entonces, desaparecido el orden de la jerarquía, se prefigura, aunque sea débilmente, que otro vivir es posible.

Dia de Sant Jaume



Esta copla anónima surgió de manera espontánea tras la noche del 25 de julio; tanto la tonada com la letra fueron inmediatamente recogidas por la gente que la cantaba en cualquier momento y lugar.

— ruta llibertària —

Les bullangues de Barcelona

A 190 anys de les bullangues
i la crema de convents i fàbriques,
recorrerem els escenaris dels fets.

Dissabte 12 de juliol de 2025, 11h
Rambla — davant Metro Drassanes

Se cumplen estos días de verano los ciento noventa años de las Bullangas de 1835 en Barcelona, una de las insurrecciones más importantes que han estallado en nuestra ciudad y que más consecuencias trascendentes y positivas ha tenido para las clases pobres y para el embrionario movimiento obrero.

Para entender mejor los hechos de 1835, recordamos, con el intento de no olvidar, aquello que significó la expulsión de los árabes (420.000) a partir del año 1492 tras siete siglos de arraigo y con el legado de una riquísima cultura que todavía hoy saboreamos; también la evacuación forzosa de los gitanos y judíos (130.000); la alianza de monarquías y Estado con la Iglesia (Tribunal de la Inquisición) hasta el nivel de que el país tuvo una doble gobernanza, rivalizando entre ellas la riqueza y el poder.

Nos encontramos con una España arruinada que ni siquiera supo sacar fruto de sus bestiales aventuras en América; la sangre de los indígenas más la de los esclavos africanos que eran cazados, embarcados y vendidos en las colonias americanas parecía perseguir la madrepatria; el derroche de las ingentes cantidades de oro y plata que llegaba de las colonias, junto con la ineptitud de la dinastía borbónica que encontró su culminación con Fernando VII (rey entre 1808 y 1833), protagonista de los momentos más bajos del país, llevaron a la decadencia social y a la quiebra económica del Estado. En algunas biografías o artículos, este borbón aparece señalado con epítetos como *cobarde, vago, maleducado, desagradable...*

En cuanto a la Barcelona del s. XIX, la ciudad era una de las veinte de Europa que contaba con más de 100.000 habitantes; pero en 1870 ya se acercaba a los 300.000. En el año 1840 el 80% de las hijas e hijos habían nacido en Barcelona; los jefes de familia, en cambio, se reducían al 35%. Tan solo un 29% de los hogares estaban integrados por personas todas ellas originarias de la ciudad. Era muy normal vivir dos familias en una sola vivienda. El proletariado a principios de siglo constituía el 82% de la población barcelonesa; el 10% de los adultos declaraba oficialmente no tener ningún ingreso. Y ya sabemos cómo eran las jornadas de trabajo para los hombres, mujeres y criaturas; también sabemos qué cobraban y qué comían.

No podemos pasar por alto la fiebre amarilla de 1821 que provocó una mortalidad altísima, alrededor de un 8/10% de la población, es decir, unos

Al oscurecer, la muchedumbre se encaminó por la calle Tallers hacia la muralla de la ronda de Sant Antoni, donde se encontraba la nueva fábrica de vapor de la firma “**Bonaplata, Vilaregut, Rull y Cía.**” la primera en España en utilizar la máquina de vapor; trabajan en ella más de 700 obreros.

Casi a la misma hora, los obreros de Gràcia incendiaban y ponían fin al Vapor Vell de aquella población, la primera fábrica de blanqueo de algodón propulsada por el vapor y propiedad también de Joan Vilaregut.

El propietario de la fábrica, Narciso Bonaplata, que a su vez era capitán de la Milicia Urbana, escarmentado por la anterior destrucción de que había sido objeto otra de sus empresas en Sallent, se había atrincherado en el interior de la fábrica con sus hombres armado de confianza, pero no consiguieron detener a la multitud enardecida y la factoría ardió totalmente así como otra que estaba a su lado. En la mañana del día 6 los manifestantes asaltaron y saquearon la Aduana.



Al fondo y a la derecha, la antigua fábrica Bonaplata reconstruida después de los hechos de la noche del 5 al 6 de agosto de 1835. En primer término los restos de la muralla del lugar donde pasaría la Ronda de Sant Antoni y la plaza de la Universitat.

terios en Sabadell, Mataró, Arenys de Mar, Vilafranca del Penedès, Vall de Hebrón, Sant Hilari de Cardó, Sant Cugat del Vallès, Ripoll...

Esta era la rabia y la indignación que movía aquella masa que crecía a cada momento y a cada convento quemado.

* * *

La mañana del día 5 de agosto se extendió por Barcelona la noticia de la entrada del general Bassa, como delegado del general Llauder, y de un fuerte contingente de soldados. Se corrió la voz que venía con órdenes estrictas de reprimir la revuelta, restablecer la orden y castigar severamente la ciudad. A mediodía, cuando el general ya se había establecido en el Palacio de Gobernación de la plaza Palau y la tropa estaba acuartelada en la Llotja, unos comisionados del Ayuntamiento y la Diputación —prohombres de la ciudad—, le pidieron audiencia y le rogaron indulgencia; la respuesta del general Bassa fue categórica: «o están conmigo o con el pueblo», y rápidamente eligieron: ellos y la Milicia Urbana estaban a su servicio.

Paralelamente, mucha gente fue reuniéndose en la plaza del Teatro y en la plaza de Sant Jaume; los militares dispararon una serie de cañonazos desde el cuartel de Atarazanas y la Ciutadella para intimidar, pero no consiguieron sino enardecer más los ánimos.

A primeras horas de la tarde los manifestantes se fueron concentrando en la plaza Palau y un grupo de gente, después de pasar por Santa Maria del Mar y atravesar un puente o pasillo elevado que unía la iglesia con Capitanía, consiguió entrar en el Palacio de Gobernación y llegar hasta el despacho del general Bassa, al cual mataron a tiros de pistola. A continuación defenestraron el cadáver, lo ataron y arrastraron (como se hace con los toros) por las calles y finalmente lo quemaron en la Rambla. La gente volvió a llenar las calles y saqueó el Palacio de Gobernación. En la misma plaça Palau destruyó el monumento de Fernando VII, mandado construir por el paranoico Capitán general conde de España. Incendiaron la Delegación de Policía, el archivo de Hacienda y la procuraduría del Monasterio de Montserrat en Barcelona.

En Europa cabalgaba la idea de Ned Ludd; muchos obreros veían al maquinismo, que se estaba introduciendo con el proceso industrial capitalista, como su enemigo. Las condiciones que tenían que soportar los obreros eran muy duras y miserables, la nueva disciplina del trabajo que llegaba con la industrialización se imponía brutalmente, marcando a fuego. Para los trabajadores quedaba patente aquello que negaba la burguesía: la ueva técnica creaba más paro y más miseria. Esta era la razón del movimiento luddita.

10.000 fallecidos, pero el número de afectados fue el doble. Luego, el cólera de 1833-1835 que arrastró letalmente a 3.000 personas en la encorsetada ciudad... los curas sermoneaban que el cólera era un castigo de Dios a causa de los pecados de los liberales. Ello coincidió con el estallido de la Primera Guerra Carlista en la cual morirían 160.000 hombres jóvenes.

Respeto a las condiciones de vida, veamos qué decía el ingeniero, arquitecto e higienista municipal Pere García Faria en 1888 —cincuenta años más tarde— en su informe titulado *Insalubridad de las viviendas de Barcelona*:

...Un matrimonio, que vivía en la calle Salvadors del Raval, tan sólo podía disponer de un dormitorio alquilado sin ventilación directa y cuya entrada daba frente al excusado, que era hediondo, sucio y desprovisto de sifón. El aire del dormitorio era sofocante y nauseabundo. Si a esto se añade la extrema miseria en que se hallaba el citado matrimonio, no extrañará que el marido se viese atacado de cólera y la mujer se hallase anémica y desprovista de energía vital, que recobró en cuanto, mejor alimentada, pudo salir a respirar el aire ambiente... En otro cuarto de la misma casa, se encontraba un comedor sin ningún vano para proporcionarles el aire y luz necesarias... Y para colmo de los horrores, en la cocina, que tampoco tiene ventilación directa, se halla metido el excusado, formando en su interior una especie de garita, cuyo objeto no se comprendería si no lo denunciara sobradamente el olfato. Esta desastrosa disposición, que se reproduce en muchísimas de las casas de los barrios bajos, y en casi todas las representadas en las figuras que acompañan esta memoria, da lugar a que la familia humana se rebaje al punto de confeccionar los alimentos en la propia habitación en la que deposita sus heces.

Entonces, como ahora, parecía que nada tenía que suceder; aparentaba que la reciente revolución en Francia que había puesto fin al Antiguo Régimen nada podía tener que ver con la miseria ética y el hedor de la nobleza, con los frailes y los nuevos industriales de la ciudad; que el naciente proletariado, analfabeto e ignorante a los ojos de la burguesía y el nuevo estamento industrial, no sabía nada de luchas sociales y de insubordinación; figuraba que los millares de campesinos inmigrantes en la ciudad estarían acomplejados ante la monumental ciudad y ante los nuevos talleres y fábricas.

Nos encontramos en las vigiliass del día de Sant Jaume y hacía poco que habían llegado a Barcelona noticias de acciones sangrientas que los carlistas estaban cometiendo en diversas poblaciones catalanas. Se supo que los carlistas habían asesinado cinco milicianos en la ciudad de Reus. La respuesta fue espontánea e inmediata, todo el mundo sabía del apoyo de la Iglesia al carlismo y como los frailes con sus conventos ayudaban a aquella gente, de forma que en Reus fueron incendiados dos conventos y ejecutados varios

frailes. Por otra parte, ya hacía dos años que había muerto Fernando VII, y las esperanzas de un cambio social se estaban disipando; el pueblo anhelaba una inversión radical de la Constitución, y que la nueva tomara el modelo que las Cortes de Cádiz habían promulgado ya hacía más de veinte años, pero nunca reconocida por el rey Fernando; al contrario, la Iglesia defendía, como una fiera acorralada, los inmensos privilegios sociales, políticos y fiscales que tenía.

Contra las apariencias, los parecidos y el supuesto orden social que imperaba en las calles, el día de San Jaime 25 de julio de 1835, domingo, después de una mala corrida de toros en la plaza del Torín de la Barceloneta, el público enfurecido destruyó la parte baja de aquel recinto circular. Precisamente hacía un año que se había estrenado aquel corso.

Como bien señala Josep Coroleu en su libro *Memorias de un menes-tral de Barcelona, 1792-1854*, «el pueblo, que estaba por otros motivos más serios malhumorado y ardía en deseos de mostrar y desahogar su cólera, la manifestó». Los amotinados se dirigieron hacia la Rambla gritando «¡El buey gordo! ¡El buey gordo!», tal como era conocido de manera popular el Capitán general de Catalunya Pere Nolasc Bassa en ausencia del ministro de la Guerra, el general Llauder. A la voz de: «¡Viva la Libertad!, ¡Mueran los frailes!», fueron atacados, aunque no pudieron ser quemados, los primeros conventos que la gente encontró en su itinerario insurgente: el de la Merced y el de los Franciscanos, ambos pegados a la Muralla de Mar.

Aquel atardecer la violencia se desató en Barcelona donde había crecido la secular hostilidad popular contra las órdenes religiosas. Fueron atacados



Plaza del Torín en la Barceloneta. Fue inaugurada en 1834 y derribada en 1943

y Cia”. El 1855 se fusionó con la fundición de Valentí Esparó para formar “**La Maquinista Terrestre y Marítima**”.

El año 1855, el Ayuntamiento expropió el atrio de la iglesia y abrió una nueva plaza: **Plaça de la Igualtat**, hoy de Sant Agustí.

El **Convent de Sant Josep**, en la Rambla, fue el primer convento de los carmelitas descalzos de Barcelona; edificado el 1680, era conocido como *els Josepets*. Acogía también la Casa provincial y el noviciado de la congregación. En el primer piso, junto a la Rambla, *els Josepets* tenían una imprenta y la real fundición o fábrica de letras, que era muy importante, puesto que solo había otra en Madrid. Esta imprenta sería pionera entre las que se establecieron en Barcelona a lo largo de los siglos XVIII y XIX. El director de la fábrica inventó el 1833 una nueva y avanzada máquina de impresión, conocida como *la Carmelitana*, que le permitió obtener la exclusiva de fabricación por parte del rey. En la tercera planta había una importante biblioteca pública, que contaba con más de 5.500 volúmenes.

Detrás del claustro y el templo había el noviciado de dos plantas altas y 28 celdas. Por esta parte trasera, la propiedad de los carmelitas se extendía sobre una superficie estrecha y alargada que se extendía por la parte trasera del Palacio de la Virreina y alcanzaba casi el límite de la calle de Carme. El convento tenía una superficie de suelo de 13.700 m².

La comunidad la integraban cincuenta hombres. Su tarea social consistía en la sopa que daban cada día a los pobres. Durante la peste amarilla de 1651, dieciséis carmelitas murieron para asistir apestados y el 1821 otros quince frailes sucumbieron para atender afectados de la Barceloneta.

El **Convent de Sant Josep** fue incendiado y destruido aquella noche. En febrero de 1836 llegó la desamortización de **Mendizábal** que significó la liberación de grandes superficies de suelo urbano, entre ellas el suelo de este convento el cual en 1840 se convertiría en el **Mercado de la Boqueria**.

El **Convent del Carme**, situado en la calle con este nombre, era uno de los más antiguos y más grandes de la ciudad, y por eso último, objetivo destacado de los insurgentes. Tenía dos claustros, una gran biblioteca, una inmensa iglesia gótica, numerosos habitáculos y un huerto muy extenso. El convento arrancaba en la calle de Carme y llegaba a la parte posterior de las fincas de la calle Elisabets por una parte, y desde la calle dels Àngels alcanzaba la de Xuclà, ocupando una extensión de 6.900 m².

La chispa surgida en Reus y Barcelona había prendido una mecha incendiaria por gran parte de Catalunya. Se quemaron conventos y monas-

El autor anónimo de las libretas recopiladas en los *Successos de Barcelona (1822-1835)*, de extracción pequeñoburguesa, describía los hechos con cierta simpatía: «Barcelona parecía un día de juicio, y después todo el mundo rodaba por las calles con la mayor tranquilidad mirando los grandes fuegos y frailes muertos por las calles». Como confirmó la prensa de los días siguientes, la quema de conventos se consideró como una acción justificada, casi necesaria.

El **Convent dels Trinitaris descalços**, también llamado Convent de la Verge Maria de la Bonanova (donde hoy se halla el Liceo), fue el objetivo siguiente. El convento ya había sido exclaustrado durante la Guerra del Francés (1808-1814) y otra vez durante el Trienio Liberal (1820-1823). Durante la quema que estamos narrando, el convento fue incendiado y quedó en muy mal estado. Ocupaba una superficie de 4.100 m². El año 1844 fue demolido y en su solar se construyó el **Teatro del Liceo**, escaparate de la burguesía barcelonesa.

Nos dará una idea de la presencia religiosa en la ciudad saber que los conventos de **Sant Àngel Màrtir**, el de **Sant Bonaventura** y el de los **Trinitaris** estaban pegados entre si, formando una continuidad eclesiástica.

El **Convent de Sant Agustí Nou**, entre las calles del Hospital y de Sant Pau, fue el sustituto del de **Sant Agustí Vell**, destruido al construirse la Ciutadella en el barrio de la Ribera. Fue una concesión de Felipe V a los frailes agustinos que comportó la demolición de siete casas. Durante la ocupación napoleónica (1808-1814), el convento fue convertido en cuartel de los franceses. El 1814, los soldados marcharon y los frailes iniciaron las obras de restauración, pero sufrieron acusaciones de haber colaborado con los ocupantes. La noche de 1835 el convento fue asaltado, saqueado e incendiado por los revolucionarios. La antigua biblioteca fue transformada en el Teatro Odeón (1850-1887), más tarde Fonda de San Agustín,

El 1840, los restos del convento fueron adquiridas por Manuel de Lereña, director de la “**La Barcelonesa**”, quien reconvirtió, ampliándolos, los espacios de la fábrica mencionada antes en la Rambla. Había una fundición y una máquina de vapor de 46 CV. así como un taller de fabricación de piezas de maquinaria. El primer piso estaba destinado al montaje de maquinaria textil, el principal producto de la casa. En el segundo piso había una fábrica de tejidos de algodón con 150 máquinas a cargo de 120 mujeres y 5 contra-maestres. Hacia el 1845, Lereña se retiró de la sociedad, y el 1847, el nuevo director, el indiano Celedonio Ascacíbar, creó la sociedad “**Tous, Ascacíbar**

trece conventos, cinco de ellos fueron arrasados por las llamas y dieciséis frailes encontraron la muerte. Otros frailes pudieron refugiarse en el castillo de Montjuic y en el cuartel de las Drassanes. La revuelta también tuvo otras derivaciones, puesto que se atacó la caseta donde se cobraban los consumos, es decir, los impuestos indirectos sobre los productos de primera necesidad. Las fuerzas del orden, el ejército y la Milicia Nacional mantuvieron una actitud pasiva y por tanto sospechosa, ante unos hechos que contaban con claros apoyos populares, y porque muchos de sus miembros simpatizaban con el anticlericalismo.

* * *

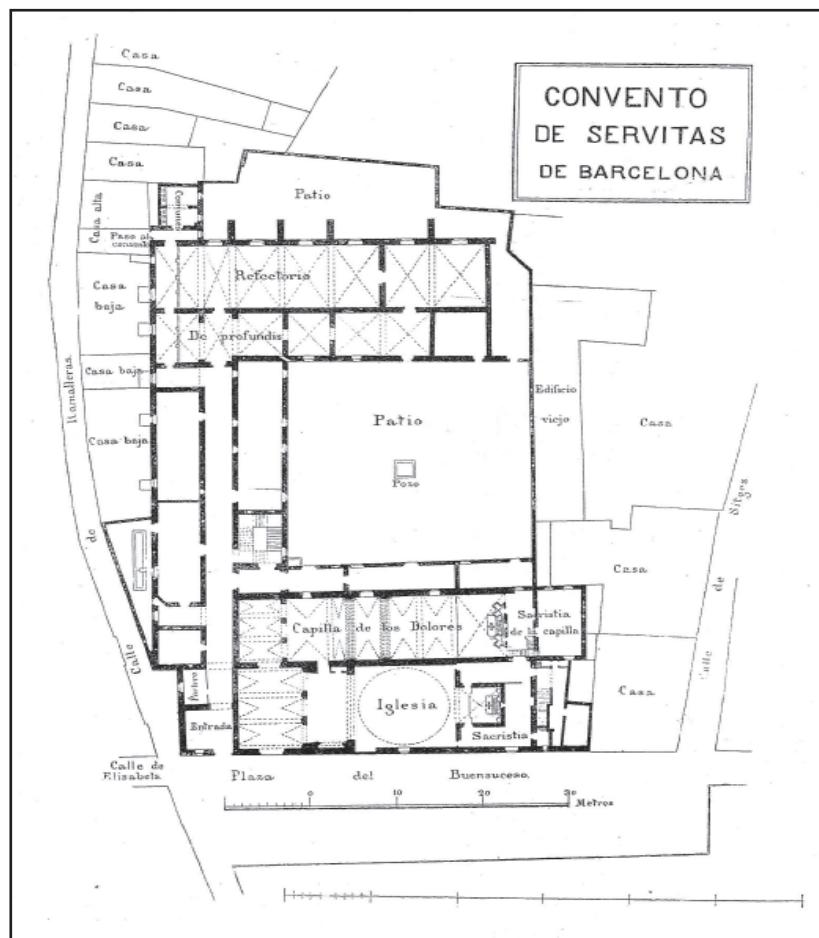
Retomando el relato, hacia las 8 de la tarde la gente llegó a la Rambla, oradores espontáneos tomaron la palabra y cada vez más personas se añadieron a la manifestación; la consigna «*¡¡Mueran los frailes!! ¡¡Quememos los conventos!!*» era proclamada una y otra vez por la riada humana. La Barcelona amurallada estaba llena de conventos y cada uno de ellos simbolizaba la traición de la Iglesia a los más pobres y su abandono para apoyar en las clases opresoras, a los más ricos, a los más reaccionarios. Entonces empezaron los incendios de verdad: Al pie de la Rambla, detrás la Muralla de Mar y entre la actual plaza de Medinaceli y Capitanía militar, ante Colon, había el inmenso convento franciscano conocido popularmente como **Convento de Framenors**, el cual ocupaba un solar de 14.380 m², el cual ardió.

Nada detuvo el paso de los insurgentes y la Barcelona de entonces, hermética con sus murallas militares, se llenó de incendios y de gente harta de aguantar tanta miseria y humillación; la gente vivía embutida en pequeños e insalubres viviendas mientras los frailes ocupaban, sin tener que pagar nada, grandiosos conventos.

Al otro lado de la Rambla donde ahora hay el Centro de Arte Santa Mònica, había el **Convento de los Agustinos descalzos**, con aquel nombre, fundado a principios del s. XVII. Su suelo era de 2.960 m². Si bien no fue quemado, el 1835 fue exclaustrado y su iglesia aconteció parroquia y las antiguas dependencias pasaron a ser municipales.

El séquito se presentó frente al **Colegio y Convento de San Àngel Màrtir** (1593-1835), de los frailes carmelitas; no sabemos por qué, pero este convento tampoco fue embestido ni quemado. Era Colegio de Filosofía y Teología de los carmelitas calzados. Por su estado ruinoso y para abrir la Calle Nueva de la Rambla fue derrocado y rehecho del todo, a la vez que se alineaba con el nuevo trazado de las Ramblas (1790). Durante la ocupación

napoleónica el Colegio fue desalojado, (1809-10), transformado en oficinas, fonda, y caballeriza, pasando la comunidad al Convent del Carme. Reocupado en 1814, fue de nuevo desalojado con la llegada del Trienio Liberal (1821-24), funcionando como cuartel, Academia, y Colegio de Farmacéuticos. El actual edificio, con parte del claustro, todavía subsiste como cuartel de la Guardia Urbana.



El convent de los Servitas estaba situado en la actual plaza de Vicenç Martorell. Si bien no fue quemado en la revuelta de 1835, un año más tarde los frailes fueron exclaustrados y el convento pasó a manos del ejército y convertido en cuartel. En 1945 fue demolido siendo restaurada la parte que hoy es la sede del Consell del Districte de Ciutat Vella.

Pared con pared, tenemos el que fue también **Col·legi i Convent de Sant Bonaventura**, donde llegó la gran y activa comitiva, actual Hotel Oriente, que habían levantado los franciscanos durante el s. XVII. El convento también incendiado. Luego el gobierno se apropió del solar y los restos y los traspasó a la sociedad «**Compañía Barcelona de fundición, construcción de máquinas y fabricación**», más conocida como «**La Barcelonesa**». El viejo convento resultó pequeño para la nueva sociedad, por lo que ésta decidió instalarse en un nuevo emplazamiento, primero en el también desamortizado **Convent dels Caputxins** (Pl. Real), y posteriormente, en el de **Sant Agustín, en el Raval** (calle Hospital). La familia italiana Durio, aprovechó una parte de la antigua construcción, en especial el claustro, y la convirtió en la «**Fonda de Oriente**». El salón principal del Hotel Oriente, un magnífico espacio circular que ha tenido los nombres de Salón Royal, Salón Dorado y Salón Condal. La Fonda Oriente fue inaugurada el 1842.

Durante la Guerra y Revolución Española el hotel fue colectivizado y convertido en hospital militar y banco de sangre. Una de las últimas bombas lanzadas por la aviación facista sobre Barcelona cayó sobre el hotel causando graves desperfectos.

Estos dos últimos conventos y colegios ocupaban un total de 5.700 m².

El **Convent dels Caputxins** (Pl. Real) fue parcialmente quemado, ocupaba una superficie de 8.400 m².

El de los **Dominics de Santa Catarina** (hoy mercado), fue arrasado; se había construido en el siglo XIII y en él se había celebrado la primera sesión del Consejo de Ciento. Su superficie total rondaba los 9.000 m².

El de **Sant Pau del Camp**, no consiguieron quemarlo porque estaba muy protegido.

Por su parte y al mismo tiempo, las mujeres atacaron el **Convent de Sant Sebastià** (actual plaza de Idrissa Diallo, antes de Antonio López), mientras gritaban «*Visca Cristina i vinga farina*»; de muy antiguo —recordamos los hechos de 1789— sobre los frailes y monjas recaía la acusación de ser los acaparadores de harina de la ciudad, haciendo que el pan se convirtiera en un bien escaso y muy caro; lo cierto es que en algunos conventos, aquella noche, fueron hallados muchos sacos de trigo. Tras el acoso e incendio por parte de las mujeres, los monjes Sant Sebastià fueron exclaustrados, y en 1837 el convento fue destinado a albergar aulas de enseñanza de la Escola de la Llotja y otros estudios, incluyendo la primera escuela de ingenieros industriales de la ciudad. La planta del convento ocupaba 2.200 m².